

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

Año XV

Enero, 1946

Número 53

LA DESINENCIA «IT» A PROPÓSITO DE «MADRID»

La obligada invalidación oficial de universitarios, en razón de viejos, alcanzó a tres barbudos que, sobrevivientes y poseyendo sus cuatro napoleones en capital de años, procuran desmentir tal invalidez frente a los pobretes que se les quedan a la zaga. Uno de aquéllos ahora se reengancha en madrileñismo y anda sacando a relucir las vejeces de la coronada villa; otro se ha contagiado y le busca las vueltas al nombre de la misma, desarrollando ciencia y habilidad en grande; pero quizá no dejó agotada la materia, y esto lleva al tercero a aportar un complemento de minucias, por si fuera del caso aplicarlas al problema etimológico.

No se trata siquiera de novedades eruditas, sino de repasar cierto trabajo documental en que puse mano, allá en mis muy verdes años, y se quedó a mitad de camino, sin haber hallado hasta el presente ni coyuntura para rematarlo ni alma caritativa que se encargase de ello, recibiendo graciosamente de mí lo que bastaría a su realización. Esperemos aún, por si llega.

¡Qué lejos están aquellos tiempos y qué muertos aquellos hombres que cifraban entusiasmo en etimologías, problemas geográficos y otras inutilidades, capaces de contagiar a un joven, condenándole a vivir de espaldas a lo práctico y encariñarse con tales rancias! Y sin embargo, ellos vivieron a gusto, y más aún este su discípulo,

que no se cambiaría por los detentadores de provechos y fama. Es el caso de dos maestros queridos, D. Leopoldo Eguíluz y D. Francisco Javier Simonet, señorial el uno, humilde el otro, tipo nada envidiable en su textura mental, pero bueno, sagaz a veces, de lo que dió testimonio el gran Dozy, honrándole con su compañerismo, y que tuvo un acierto feliz ideando su *Descripción del reino de Granada*, obra única en su género y sin rival hasta el día.

Era Simonet, además, generoso de su saber, de sus libros, hasta de sus apuntes inéditos, y gustoso en ayudar a quien, si no sabe árabe, es porque él no supo enseñarlo; pero sí aprendió en aquel su libro para intentar otro con desarrollos documentales mucho más amplios. Con este fin se recorrió todos los archivos de Granada, a la sombra de su padre y complementariamente de la investigación artística, que constituía el ideal para ambos; salieron así largas listas de entidades geográficas, que empalmaban con lo ya impreso de crónicas y documentos, y tenían por comprobante lo actual, en mapas, nomenclátors y diccionarios, con el de Madoz, que fué recorrido página a página. Todavía se pensaba ilustrar aquello con la información arqueológica, yacimientos y ruinas afectos a cada lugar, y algo de folklore, si se terciaba. Se emborronaron unas cuantas octavillas, y nada más.

Pero el acopio de materiales, dispuesto en series de papeletas, eso quedó hecho, y conservados los registros documentales sobre que se fraguaron: ello vale ahora para ir entresacando lo que viene al caso. También, para no perder la costumbre y por exigencia del mismo, he ampliado informaciones, que servirán para encuadrar el problema dentro de los límites indispensables.

Su enunciado es bien simple: hay en la toponimia española todo un grupo de terminaciones concordantes con la de Madrid, que no ha sido reconocido hasta el día. Ellas constituyen una evolución romanceada sobre el *-etum* latino, y aparecen dentro de un área geográfica bien definida, teniendo por su foco más documentado el reino granadino. Ya el señor Menéndez Pidal estudió los *-ena* y *-eira*, por ejemplo; ahora se le brinda en firme este otro; veremos, y él verá, sobre todo, si es aplicable a lo madrileño.

Atendamos primero a lo negativo en nuestra geografía. Remontándonos a la antigüedad, casi nada previene el problema en cuestión: un *Axati*, hacia Sevilla, citado por Plinio y en una inscripción

(C. I. L. II, núm. 1.055), nada nos dice; pero algo, y únicamente, la *Belgida* celtibérica de Appiano (Βελγίδη), que podría recabar, mejor que *Belia*, ser originaria de nuestra Belchite, como luego aclararemos. Pasando a lo medieval, tenemos la abundantísima serie de nombres topográficos citados en la documentación de toda nuestra zona reconquistada hasta el Duero. Lo normal en ella son desinencias en -eto, -edo, como Cardeto, Noceto, Fresnedo, Barneto, Saleceto e innumerables más, cuyas transparentes etimologías conciertan con las en -etum latinas. Resultan excepcionales allá, un Conchido, de Compostela, citado en 916, con los Ceresito, Rennito y Olquit del cartulario de Sahagún, correspondientes a 953, 1006 y 1136; más un Desterit, de Mondoñedo, en 1128, y aquí mismo, en 1202, un Villamaldriz poco claro. De todo ello parece inferirse que ni el -itum es de solera indígena, ni en los romances norteños compitió, ni mucho menos, con el normal latino -etum, que es nuestro -edo moderno.

Pero no todo era así en la España medieval, ya partida en dos por la invasión árabe, que aisló de la corriente europea a los españoles sometidos a aquélla, quedando petrificada para los mismos la evolución del lenguaje nativo. Es lo que observamos en los sefardíes arrancados de entre nosotros, y es el campo de estudio con que nos brinda la toponimia expresada por los árabes en su escritura propia o mediante la trasmisión oral, hasta reincorporarse sus reliquias a la sociedad conquistadora. Concretando a lo nuestro, aquí es donde la desinencia en cuestión aparece en boga.

Sabido es cuán poco trastornaron los árabes nuestra geografía, así como es fenómeno curioso la desaparición de la onomástica clásica en gran parte, sustituida por otras denominaciones de estirpe latina. Así, Granata en vez de Eliberri; Murviedro, por Sagunto; Cáceres, por Norba; Jaén, por Aurgi; Montoro, por Epora; Martos, por Tucci, etc.; y esta misma revolución hizo aparecer una serie de nombres nuevos no árabes, que los cronistas y geógrafos medievales consignan. He aquí los que vienen a nuestro propósito escritos en árabe:

Arnit, citado en el Bayán y por Yacut y el Edrisí, que es Arnedo, en la Rioja, contracción acaso de un *arenatium* o *arenetum*.

Tamarit, citado por Almacarí, que es Tamarite de Litera: de *tamarix*, nuestro taraje.

Orit, que es la antigua *Oretum*, en la Mancha, tal como se la cita en el Ajar, en el Bayán y por Yacut, donde ya tenemos deformado el *-etum* en *-it*.

Alyit, castillo citado por Abenhayán, que es la Aledo moderna, quizá derivada de un *Ad Litus* bajo los romanos.

Alcardit, que aparece en escritura toledana, correspondiente a la actual Villanueva de Alcardete, y provendrá del latino *carduetum*, cardizal.

Belgid o Belxid, o sea Belchite, transcrito Belgit en el siglo XII. Aquí la terminación *d* en árabe acredita diversidad fonética, como palabra prelatina que era la *Belgida* originaria probable.

Forgolit, alquería citada por Yacut hacia Segura de la Sierra, que pudiera ser la cortijada de Gorgollitas, enclavada en su término. Quizá presenta una forma bárbara, concordante con *frugifer*, como *frugoletum*; o bien de *forga*, fragua; o de *furca*, como Horcajo.

Guadisalit, río citado en el Bayán, que es el arroyo Guazaleta, hacia Toledo; como 'salado', tal vez.

Finalmente, nuestro Calaa Magerit, citado en el Bayán y por Abenpaxual, como es sabido; pero no se alega la otra forma Maxerit, que trae Abdelguáhid en su Historia de los almohades; ni tampoco lo de «castillo de Mongerid», del moro Rasis, primera noticia de Madrid que se nos alcanza, y digna de que se la saque a relucir ahora. Probablemente, el traductor castellano interpretó mal lo escrito en árabe, quizá sin mociones, poniendo Mon- por Ma-; pero, en todo caso, es cita interesante.

Estos pocos datos de geografía no árabe, pero arabizada, ya testifican la aparición del *-it* como contracción de *-ito*, en vez del *-eto* septentrional, y adjunto a radicales tal vez expresivas de accidentes topográficos en lengua latina, sugiriendo la idea de un romance mozárabe con formas peculiares suyas, que luego hemos de ver desarrolladas.

En efecto, el territorio granadino las ofrece copiosamente, ya consignadas en letra árabe también, ya en la nuestra. Lo primero se registra en textos conocidos, especialmente los de Abenaljatib; pero además en escrituras varias, cuyo más copioso lote corresponde a la Casa de los Infantes de Granada, entroncada luego con el marquesado de Campotéjar, que fueron revisadas por Simonet, y él puso a mi disposición sus notas, ya perdidas. Pero los originales pasaron al

Estado, cuando la avenencia que cerró el famoso pleito del Generalife, obra confidencial mía, sin más tropiezo que la pérdida de la preciosa espada de Boabdil, víctima de habilidades diplomáticas *a la italiana*, que dieron por fruto su expatriación clandestina. En la Escuela de Estudios Arabes de Granada se prepara la publicación de dichas escrituras, demorada lastimosamente años y años. De otras sólo quedan versiones castellanas; pero ello es poco ante el acopio enorme de datos geográficos, primero en nuestras crónicas, luego en las bulas de erección de parroquias a raíz de la reconquista, y en repartos de contribuciones y otros servicios, que dan listas de los pueblos que constituían el reino de Granada; después, en apeos de fincas correspondientes a los *habices* o posesiones de las mezquitas, que pasaron a ser bienes parroquiales; las de la *agüela* y otras, adjudicadas al Concejo de la ciudad; los libros de repoblación, una vez expulsados los moriscos del reino, desde 1571, y así muchos más datos dispersos, hasta el *Diccionario geográfico* de Madoz y nomenclátors modernos; ello sin contar el monumental catastro del marqués de la Ensenada, a que no llegó mi rebusca, como tampoco a los archivos de Málaga y Almería, donde habrá más documentación utilizable.

En este acervo de toponimia granadina hay proporción diversa tocante a etimologías. Los nombres de lugar menor, en su gran mayoría son árabes; al contrario, los de pueblos que, aun respondiendo poquísimos a la geografía clásica, presentan estructuras claramente latinas, o bien otras de incierto origen y significado, que se prestan a estudio. Concretando a lo de ahora, hay que ponerse en guardia, porque tenemos ejemplos de falsas desinencias en -it; por ejemplo, en la transcripción castellana de cierto lugar llamado Arromayliti en el libro de repoblación de Guadix, y que en escritura árabe de aquí mismo, fechada en 1432, resulta Arromailat, diminutivo plural de *arramla*, 'el arenal' en árabe, trocada su desinencia -at en -it por el andalucismo de pronunciación llamado *imela*; y así más casos de engañosa correspondencia, que habremos de excluir.

Los nombres de tipo español, al parecer, citados en caracteres árabes son los siguientes, con un ensayo de su significación, sujeto a enmiendas desde luego:

Ardit, en Yacut, es Ardite, alquería en término de Guaro, en la hoya de Málaga, despoblada desde antes de la reconquista; se la cita

en los libros de repoblación (1573) como tierras, atalaya y sierra hacia Tólox, y se conserva el mismo nombre hoy. Significará pizarral, del *ardesia* y *ardusia* latinos, o bien de *arduus*, fragoso.

Alentexit, en escrituras de Campotéjar, hoy Lentejí y antes Alentexí (1514), en tierra de Almuñécar. El señor Asín le da por etimología *alintixat*, 'la alegría'; preferible traerla de *lens*, como 'lentejar', quizá.

Annechit, en escrituras de Campotéjar: acequia en término de Laujar de Andarax, coincidente con la alquería de Nechite en la taha de Ugíjar. El señor Asín, suponiendo incorrecta dicha grafía, explica la voz por *naxit*, 'alegre', en árabe; pero en tal caso mejor le cuadraría la misma palabra en sentido de 'vereda transversal'. Podría derivarse de *niger*, como 'negral', acaso.

Arrubít, en Müler, pequeña eminencia de tierra roja, junto a Granada, hacia Güétor, hoy llamada el Rebite, pero antes Rubite, alto y bajo (açuffi), o el Rublate (1505, repoblación). En el Çuheyl alpujarreño está la alquería de Rubite, antes Rubit y Rubrit (1527), donde aluden a tierras bermejas los libros de repoblación. En Albolote se cita el Rubit de la Calahorra (1506), hoy pago del Rubite, con tierra colorada. En los Ogtjares, también en la vega de Granada, hubo un barrio, con su rábita, escuela y macáber, llamado Arrubít (1505), el Rubital (1511) y el Rubít (repoblación). En el valle de Lecrín, hacia Cozbíjar, un pago del Rubit o Rubite (1531). Otro, en la taha de Boloduy (1511). Un houz Arrobit y fuente de Rubite, en el hoy despoblado Unqueira, junto a Laroles (1530). Un río de Rubite, en la ajarquía de Málaga, hacia Sedella (repoblación), que hoy conserva el mismo nombre; además es el de un caserío de Canillas de Azeituno, y en Igualeja, serranía de Ronda, se cita el bancal del Rubite o Rubete (repoblación). El señor Asín da a dicho río y al Rubite de Granada la etimología de «Rubit, pequeña Rápita»; aunque el diminutivo de *ribat* parece ser *rubaita*, y sobre esta palabra, como nombre geográfico, disertó largamente el señor Oliver Asín, sin que apuntara relación alguna de ella con nuestros Rubites, lo que es definitivo. Por contraprueba tenemos en Adra un Arribate (1572), que sí corresponderá a 'convento militar musulmán'. Con independencia de esta categoría, en todas las ciudades y pueblos del territorio granadino son innumerables las rábitas, o sea ermitas u oratorios, que consignan los documentos. Desechado todo ello, la coinciden-

cia, en tres casos a lo menos, de tierras bermejas en nuestros Rubites da fuerza a la etimología de *rubeus*, como 'rubial', y aun la afianzan sus formas secundarias: Rubrit, Rublate y Rubital. De *rubetum*, zarzal, y de *roboretum*, robledal, no parece razonable derivarlo, y más cuando la tierra granadina da encinas y no robles, y aludiendo a zarzas resulta desproporcionada la difusión de este nombre.

Alchit, en Abenaljatib, es el Chite, en el valle de Lecrín, con variantes antiguas de Achite (erección) y Chit o Elchit, pues no siempre lleva artículo, ni puede garantizarse si el *al-el-* entra en la palabra misma. Hay pagos del mismo nombre en Melegís y Tíjola, y se cita un despoblado Achite o Lachite, en Casarabonela (Bernáldez, repoblación). Desde luego no es palabra árabe; pero tampoco aceptable la etimología de *civitas* que propuso Simonet, siguiendo a Fernández Guerra. Podría pensarse en *elicetum* o en el *archa*, que Simonet registra como equivalente español de 'zarza'; pero sin garantía de acierto.

Cannit, en el Bayán y Abenhayán: castillo en tierra de Ronda, hoy Cañete la Real. Ya Simonet consignó, por etimología suya, *cannetum*, cañaveral.

Farajxenit, en Abenalfaradí, es Fregenite, en el Çuheyli; antes, Faraxenit (1507), y vendrá de *fraxinus*, como 'fresneda'. Otro Faraxçenit (1505) era pago de Güéjar. El Edrisí cita un Tafarkenit cerca de Melilla, y resulta curioso que el pueblo alpujarreño sea llamado Talfaxenite en la bula de erección de parroquias (1500).

Labatit, en Yacut: alquería hacia Algeciras, perdida. Acaso como 'lapachar' o 'lavajo', de *lavator*.

Xarit, en Yacut, con la anterior, y también desaparecida. Quizá como 'jaral'.

Marnit, en Abenaljatib, alquería de Granada, que se redujo a pago de Marnit o Marlit, al pie de Güevéjar (1547). Quizá como 'marañal'.

Massanit, en Abenaljatib: castillo cerca de Loja, pago del Manzanil (1533) hasta hoy. Homónimo, el Maçanit (1527), barrio de Válor: de *matiana*, 'manzana'.

Apolikit, alquería citada en escritura árabe de 1432, en tierra de Guadix, que es el Policar (1497), hoy Policar, junto a Lugros. Quizá de *pullus*.

Excepcional, un Periat, en Abenaljatib, aun hoy cortijo de Periate (1507), en Iznalloz: de *pariete*, probablemente.

En las transcripciones anteriores no guardamos las reglas impuestas en la Escuela de Estudios Arabes, porque si éstas son admirables para traducir las grafías propias a través de nuestro alfabeto, en cambio resultan conculcadoras de la tradición española, obtenida cuando moros y cristianos convivían aquí. Pero además, como ésta era recogida de viva voz, ayuda a suplir deficiencias de la escritura árabe, descubriéndonos el empleo de las vocales *e*, *o*, las alteraciones fonéticas del artículo y la *imela*, así como ayuda, en el caso presente, a fijar concordancias y etimologías adecuadas. Es lastimoso que, si se hace bien conservando el «Almanzor», sea regla poner 'Abd al-Rahman para nombrar complicada y deficientemente a nuestro Abderrahman.

Tocante a lo mismo, valgan observaciones sobre transcripción de algunas letras: de las aspiradas, el *ja* con punto sonaba *c* en Alfacar y Bibalfacarin, lo que es notable; los *sin* y *sad* son siempre *c*, *s*; en cambio, el *xin* es *s*, y también *j*, *ch*, *x*, y en lo muy antiguo *sc*, acreditando valor fricativo persistente; y el *chin* se resuelve también por *ch*, *j*; rara vez por *x*, *s*. Infíere-se, pues, cierta confusión de sonidos entre ambas letras árabes, que da por resultado graffas dobles: así, nuestro *Macherit* y *Maxerit*, y un *Dexma*, en el Edrisí, y *Dechma*, en Abenassairafi, aludiendo a Diezma, alquería en tierra de Guadix, nombre explicable si allí caía una mansión vial *decima*.

Volviendo a lo nuestro, la serie más nutrida de topónimos granadinos se da en la documentación castellana, como ya se dijo, y corresponde a alquerías y sus barrios, cortijos y despoblados, o bien a pagos rústicos (*haus*, en árabe), que son innumerables, y a ciertos accidentes topográficos, como fuentes, arroyos, ramblas, montes, caminos, acequias y aljibes. En esta nomenclatura menuda e inestable es natural que predomine lo arábigo; pero aun se cuentan por muchos centenares las voces extrañas a su lengua y llegadas a nosotros con más o menos exactitud y pureza, ya por errores de lectura en los documentos, ya porque, recogidas generalmente al oído, de boca de los moriscos, se incurre en vacilaciones y torpezas, bien justificadas tratándose de palabras sin sentido ya para ellos. Aun puede dudarse, respecto de algunas, si son árabes o del habla anda-

luza preislámica, por lo que nos abstendremos de tomar en consideración no pocas, entre el medio centenar largo de ellas, terminadas en *it* o *ite*, indistintamente por lo común, y que sugieren etimologías algo verosímiles. Helas aquí, empezando por las de alquerías desdobladas:

Jubrite estaba en tierra de Motril, entre Guájjar la Alta y Molbizar; se le cita en los libros de repoblación, y conservan su nombre un cortijo y un cerro. Hubo también un pago de Jobrite en Sierra, hacia el río Almanzora, citado en los mismos libros. Compárese con el Jubrique de Ronda. Seguramente de *suber*, como 'alcornocal', que cuadra perfectamente al boscaje de aquellas tierras.

Ubrite, en el Çuheyl o Çehel chico, entre Fregenite y Rubite. Figura en la bula de erección de parroquias (1500), y aun existía cuando la rebelión; hoy perdido. Compárese con el Ubrique de la serranía de Ronda. Como etimología, si no la anterior, pudiera pensarse en el *uber* latino o en nuestro 'huebra', tal vez.

Lubrite era pago de la Peza, según los libros de repoblación, y puede explicarse por *lubricus*, en sentido de resbaladizo o liso. En la misma tierra de Guadix subsiste Lubros, hoy Lugros; hacia Salobreña, Lobras; otro Lobres, en la Alpujarra; Lubrín, en tierra de Vera, que en árabe se escribe Lubraín, según escritura de Campotéjar; y añádase un Lubre gallego.

Verdite es ahora cortijo de Sorbilán, en el Çehel. Cuando la repoblación (1574), se cita un pago de Verdite Azeytuno en Almejjar, hacia Pitras, lugar muy desviado del anterior, dentro de la Alpujarra. Derivados de *viridis* y *viriderium*.

Lazmit, sierra en Casarabonela; Laubit y Focairit, montes también, cerca de Guaro, citados en los libros de repoblación y de los que ahora no hallo noticias. El último nombre pudiera ser diminutivo del árabe *faqir*, hondonada, canal.

Los siguientes corresponden casi todos a pagos. Se les menciona en apeos de fincas, bienes de *Habices* principalmente, consignados desde 1505 los del término de Granada con su vega, y después en 1547; los de la Alpujarra, en 1527 y 1530 (este último, más comprensivo); cierto deslinde del Çehel, en 1559, y documentos sueltos: todo ello conservado en el Archivo de Diezmos con el de la Curia eclesiástica de Granada, bastando indicar la fecha en cada caso para inferir el origen del dato. Otra serie proviene de los libros de re-

población, cuya cita expresaremos con una R simplemente: datan los más de 1571 a 1574; muy pocos, de los tres años siguientes, y abarcan todo el reino de Granada, tocante a sus alquerías; pero faltan algunos volúmenes y forman parte del Archivo de Hacienda de Granada, aunque hoy depositados en la Casa de los Tiros. También hay apeos y deslindes, muy restringidos, de fincas que fueron de conventos; otros, mucho más numerosos y antiguos (desde 1505, 1506 y 1528), corresponden a bienes propios del Ayuntamiento de Granada.

Vienen a nuestro propósito los siguientes, eliminados algunos por dudosos y otros por árabes, aunque a veces no alcancemos claramente su significado; y seguimos un orden alfabético aproximado al enumerarlos:

Arnite, en Benaque (R.). *Arna* es colmena; aplicable también *arena*. Recuérdense los Arnedo y otros.

Bardainit, peñón en Guájjar Alfondón (R.). De nuestro 'bardal', o como *bardena* en bajo latín.

El Buchit, en Capileyra de Poqueyra (1527), y el Buxit, en Laroles (R.). De *buxus*, boj, mejor que de *bucitum*, dehesa boyar.

Calachit, en Alcolea de Andarax (1530); otro en Cádiar (1527) y otro en Aylácar, junto a Pitres de Ferreyra (1527). De *calx*, como *calchera*, calera.

Conchit, en Güéjar (1505), de *conca*. Cónchar es alquería del valle de Lecrín, junto a un barranco lleno de conchas fósiles.

El Coronite o Cornite se llamaban: un cerro con su atalaya, fuente y arroyo, entre Daimalos y Sedella, en la ajarquía de Málaga (R.); un pago cerca de Ugíjar, en la Alpujarra (1530), y otro, llamado Cornit Alfondón, en Dílar (1547). *Cornus* es el cerezo silvestre; *corona* da nombre a cerros frecuentemente.

Charachite, en los Bérchules (R.): quizá de *cerasum*. Charches, cortijo en tierra de Guadix, ahora.

Alfelchit, en Válor (1527): de *filectum*, helecho.

Fornachit, en Monachil (1547), y Jornachit, en Tíjola (R.): de *fornus*.

Agarnit, en Otura (1505), y Garnite, en Cástaras (R.): quizá de *grania*, granero.

Guaralite, en Melegís (1547). Guaro es pueblo de la hoya de Málaga, y Guarros otro en Andarax. *Guarida* es como *specula*, en bajo latín; y el mismo origen tendrá nuestro 'guarida'.

Xarnit o Jarnit, en Otura (1505), y el Chernit, en Gavia (1505). Quizá de 'serna'.

Laconit, en Güéjar (1505): de *lacuna*.

Lauchit, en Mayrena de la Alpujarra (1530). *Lausa* es losa: de donde Lauxa, hoy Loja, Laujar y otros, probablemente.

Laurit, en Otura (R.): de *laurus*, laurel.

Almanacit, en Albolote (1549). *Managium*, en bajo latín, es *mansio*.

Marnit o Marlit, en Güevéjar (1547, R.). *Marla* o *marna*, en bajo latín, es *marga*.

El Nuchit, en Alfondón (1530): de *nocetum*, nogueral.

Alpaxarate, en Ollas de Málaga (R.). Quizá como 'pasera'.

Palacite, en la Peza (R.). Quizá de *platea*, como 'plaza'.

El Paraite, en Armuña (R.): de *pariete*. Parauta, en la serranía de Ronda. 'Parata' es bancal sobre pared rústica, y 'albarrada' la pared misma, en Andalucía.

Polpíte, en Cúllar de Baza (R.): de *populus*, chopo; así como Padul viene de *palus*, etimología bien acreditada por su laguna. Compárese con Polopos, alquería del Céhel, y Pópulos, arroyo en Comares (R.)

Porurit, en Monachil (1547): *porrus* es el puerro.

El Toronchit, en los Bérchules (1527): de 'toronja'. Esta es palabra que «dicen ser nombre arábigo», según Covarrubias, y la trae el diccionario de R. Martín (toronch); pero, careciendo de raíz árabe, quizá es más probablemente voz española, con sentido de redondez voluminosa, como nuestros tora, torondo, turrón.

Labdite o Alaudit, en Güéjar (1505); Calcorinit, en Alfacar (1547); Alcaninit, en Narila (1527); Cocalbit, despoblado en Monda (R.); Faxarnit, en Alhendín (1505); el Xerit, en Dúrcal (R.), y algún otro resultan más difíciles de explicar en su significado.

Aun eliminando todo lo que parezca inconsistente de estas listas, quedan sobrados testimonios para acreditar que en el Mediodía español, y especialmente en sus montañas, hubo todo un sistema topónimoico en que la desinencia *-it* viene a sustituir al *-eto* septentrional como expresión de características locales, en sentido de abundancia, aspecto, labores, etc., resultando un cambio de vocal respecto del *-etum* latino, conforme al fenómeno andaluz llamado *-imela* tocante a lo árabe, como si él partiese de lo romanceado. Y algo análogo

observó Simonet refiriéndose a otros nombres geográficos, cuales son Xuncaril, alquería de Granada y luego pago de Junquerín (1506), por 'junquera!'; Monaxtil, en vez del Monaxtel de Abenaljatib, por 'monasterio', que es hoy Monachil; y los Cannit y Palmit, de tierra sevillana, explicables por *cannetum* y *palmetum* perfectamente.

A estos dos últimos topónimos, más un Fondite, que vendrá de *fundus*, es cuanto da de sí, a nuestro propósito, el *Repartimiento de Sevilla* formulado por Alfonso el Sabio; y también hallamos un Parchit, hacia Arcos, en *Privilegio* del mismo fechado en 1274 (*Memorial histórico español*. I, 297). Este nombre puede concertarse con el de cuatro distritos granadinos, citados por Abenaljatib sobre cierta crónica árabe del siglo XII, que puede leerse Parchela y vendrá de *pars*, en sentido de parcelación, lo que es chocante no advirtiese Simonet, dejando inexplicada esta palabra. Tal escasez de topónimos en *-it* contrasta con lo abundantísimo de los en *-ena*, *-ana*, *-ina* de origen latino, en los mismos documentos; como si esta desproporción respecto de los granadinos revelase divergencias entre el habla romanceada de las dos Andalucías, Alta y Baja, túrdula y tartesia, respectivamente, en sus orígenes.

A la parte contraria, el *Repartimiento de Valencia* descubre otro fenómeno, conformándose con lo septentrional peninsular sus desinencias en *-et* sobre radicales que nos son familiares, como Lauret (de *laurus*), Liriet (de *lilium*), Capdet (de *capita*), Negret (de *nigrum*), Tedret (de *teter*, quizá), Canaxet (de *canna*, quizá), etcétera; y adviértese allí que los nombres árabes no vocalizan con la *imela* granadina. En Mallorca se dan ambas soluciones: ya simplemente finales en *-et*, ya otros en *-etx* o en *-itx*, que son los más abundantes. Ejemplos: Alpinnilet, Cannet, Alcannelet, Hubrietx, Potzueletx, Rubinitx, Fontitx, Torritx, Castalitx, Fardarix, Attrallarix, Leucarix, Porxatix, etc., cuya similitud con el grupo granadino en *-it* sorprende. Y como todo esto aparece en el libro del *Repartimiento*, cuyo cariz es netamente árabe, resulta posible que sus transcripciones en *-tx* correspondan al *ta*, final obligado de sus similares granadinos; pero Simonet, desentendiéndose de ella, consideró estas formas como simples plurales.

Tomado en conjunto nuestro grupo de topónimos, parece observarse que su significado abarca muy especialmente plantas y árboles; casi nunca animales, en lo que podría reconocerse cierto sentido

diferencial entre las desinencias *-it*, sobre *-etum*, y *-eira* sobre *-aria*. Porque si esta segunda serie nos ofrece Pampaneyra, Junqueyra, Fabeyre, Ferreyra y Aryanteyra, también abarca alusiones de fauna en Poqueyra, tres Capileyra, Cabreira, Colombaira, con más un Loporaila, pago de Almuñécar (1506); Alcapayra, en la Malaha (1505), y Mosqueyra, en Berja (R.). Todavía los moriscos alpujarreños usaban de apelativos coincidentes, aludiendo en Codva (1530) a «un camino que se diçe carreyra por do pasa el ganado», palabra que, designando pagos, se repite ocho veces en torno de Granada. Otro dato curioso es la reaparición del nombre árabe de nuestra gran sierra, el *Solorius mons* o Jíbal Xolair, al citarse el «barranco de Jolaire, que baja de la sierra Nevada», hacia Andarax (R.). También del *Pucialia* clásico, o algo parecido, saldría nuestro Alpujarra, que fué Puxaira en lo más antiguo; y le son similares el Albuxaira, en pagos de Monachil y Alfacar (1505); el Pujaire, cortijo de Níjar aun hoy, y Puxerra, alquería de Ronda.

Valga completar la serie con estos otros nombres inéditos del territorio granadino, adscritos a pagos generalmente: Alfonayra, barrio de Bérchul (erección); Aloneyra, en Beas (1547); Canjayre, cañada en Orgiva (R.); Fonqueyra, fuente en las Albuñuelas (1547, R.); Lonqueyra, en Gavia, y Loncayre, en Escúzar (1547); Llomatyre, en Pinos de Rey (R.); el Montayre, monte hacia Güéneja (R.); Hiznalmunqueire, castillejo en Monda (R.); Ocanaila, en Cantoria (R.); Padequeyra, en Mondújar (1516); Alpandeyre, en Faraján (R.), con Pandeyre, alquería de Ronda (erección); Pereyra, en Coin (R.); Pinabayra, en Lúcar (R.); Yunqueyra, alquería de Ugíjar (1530). Otros pagos repiten nombres ya conocidos: Capileyra, en Notaes y Caniles (R.), y el cerro de Capalayran, en Codva (R.); Alferreira, en la Malaha (1505), y acequia de Farrayra, en Mondújar (R.); Pampaneyra, en Cádiz y Itrabo (R.), y Buñón de Poqueyra, en Cástaras (R.).

Estas digresiones, aun cayendo fuera de propósito, afianzan la teoría del sustrato lingüístico español, conservado en la Andalucía Alta con caracteres de originalidad a través del dominio árabe, y cierta sistematización en el empleo de sufijos expresivos de entidades geográficas, entre los que venía siendo olvidado el *-it* que ahora nos ocupa, en su sentido colectivo.

Volviendo, por último, al tema inicial, intentemos aplicar nuestras observaciones al proceso etimológico del *Madrid*, buscando una

solución de acuerdo con los ejemplos andaluces. Apoyémonos para ello en el vulgar 'majada', saliera o no del *magalia*, reputado de púnico, o bien del *maxeria*, que en bajo latín significa choza, etimología nada comprometedora tratándose de sitio, como el de Madrid, sin más dotes naturales que monte y pastos, y absolutamente estéril desde los tiempos prehistóricos hasta muy entrada la Edad Media, salvo el pobladito romanizado del Pardo en su cuartel de Trofa, donde acampaban MANVICIques, gente de origen céltico probable. Sobre ello cabe suponer un colectivo 'majadar', equivalente al 'majadal' en uso, con su locativo 'majadarit', y una contracción en 'magdrit', que permitiese dos transcripciones, allá en el siglo x, cuando la erudición andaluza cultivaba nuestra geografía: la una, conforme a la fonética árabe, daría el Magerit o Maxerit, con sonido de *ch* francesa su consonante medial, autorizado por los autores medievales, y la otra saldría al oído, diversamente simplificada, en el Madrid vulgar. Esto no parece forzado; pero además no goza de originalidad, puesto que ya Covarrubias alegó al propósito el *mandra* latino, en su acepción de aprisco o majada, solución ineficaz, desde luego. Y nada más se me ocurre.

MANUEL GÓMEZ-MORENO

BIBLIOGRAFÍA ESPECIAL

- SIMONET: *Descripción del reino de Granada*. Segunda edición. Granada, 1872.
Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes. Madrid, 1888.
Diccionario de geografía árabe de España. (Inédito.)
- ESPINOSA DE LOS MONTEROS: *Historia, antigüedades y grandezas de Sevilla, 1630*. (Repartimiento de Sevilla, en su segunda parte.)
- BOFARULL: *Colección de documentos inéditos... de la Corona de Aragón*. Tomo XI. Barcelona, 1856. (Con los repartimientos de Valencia y Mallorca.)
- ASÍN: *Contribución a la toponimia árabe en España*. Madrid, 1940.
- MENÉNDEZ PIDAL: *La etimología de Madrid y la antigua Carpetania*. 1945.